

renta años, tal vez aquellas grandes corrientes del espíritu que ningún buen gobierno era eficaz á contener, y que los malos hacían más violentas é incontrastables, hubieran podido encauzarse pacíficamente y llegar por ese medio á feliz y tranquilo término.

Pero las enfermedades y la tristeza minaron su salud y arrebataron al mundo el tesoro de sus virtudes, que no merecía, y la Francia se vió regida por esta causa, durante dos generaciones, de individuos que con los vicios de Luis XIV no heredaron el arte de hacerlos pasar á los ojos del pueblo por virtudes. Entónces apareció ante todos la tiranía despojada de los afeites y galas de que la revistió la magnificencia de Luis, quedando al fin desnuda la vil Duesa (1) de sus valiosos adornos. Horrible había sido siempre; mas, si por arte de encantamiento se ofreció hermosa y rodeada de gloria en toda ocasión á las miradas de sus esclavos, al desaparecer la influencia del maleficio, luégo al punto quedó al descubierto la oculta deformidad, y huyeron con horror y asco los ántes tan solícitos de sus favores.

Primero vino la Regencia. El rigor tan extremado con que al término de su vida exigió Luis XIV de cuantos lo rodeaban la observancia ostensible de los deberes religiosos, produjo en Francia idéntico efecto que las austeridades puritanas en Inglaterra; y si madame de Maintenon pudo decir en los tiempos de su valimiento que la religion estaba de moda, despues pasaron las prácticas piadosas como las modas; que más daño hizo á la moralidad de las

(1) *Duesa* es un personaje alegórico de la *Reina de las Hadas*, de Spenser, que representa la doblez, el fraude y el espíritu del mal, en tanto que *Una* personifica la sencillez, la rectitud de carácter y el espíritu del bien.

clases superiores el ascetismo senil del tirano que no los devaneos de su juventud, pues, sin haberlas hecho abandonar la senda del vicio, forzándolas á la hipocresía quebrantó la fe que áun pudieran tener en la virtud; y como hallaron fácil el ejercicio de la mojigatería, concluyeron por persuadirse de que la religion no era otra cosa. Pero los tiempos habían cambiado: ya no se merecían las pensiones, los mandos de regimientos, ni las abadías presentándose con puntual regularidad en el tribunal de la penitencia, y cumpliendo con cuanto manda la Iglesia católica romana, sino haciendo precisamente lo contrario, y en su virtud los cortesanos obsequiosos y aduladores que tantos ayunos y tantas abstinencias se impusieron las anteriores cuaremas, que juntaban las manos sobre el pecho y ponían los ojos en blanco devotamente al oír ciertos pasajes conmovedores de los sermones predicados á presencia de S. M., hicieron tantos esfuerzos para graduarse de malas costumbres como ántes para ganar fama de piadosos, acudiendo la Semana Santa á las orgías escandalosas del Palais-Royal con el mismo solícito afán que fueron en vida de Luis XIV á prosternarse al pié de los altares y á oír la palabra elocuente de Massillon.

Bajo muchos aspectos tenía el Regente gran semejanza con Carlos II de Inglaterra, porque como él era insensible, pero bueno; de talento natural, pero inútil al Estado á causa de su indolencia; incrédulo en orden á la virtud y al desinterés de los hombres, sin odiarlos por eso; como que la especie humana le merecía el mismo concepto que á Gulliver, con la diferencia de que no llegaba por eso á las conclusiones del capitán, y que toda ella, empezando por su propia individualidad, le parecía una

dilatada familia de monos de buen trato. Nunca hubo príncipes más sociables que Carlos II y Felipe de Orleans; pero tampoco ménos ocasionados á la amistad, pues en ambos el hábito hacia veces de afecto y los tornaba en instrumentos de los mismos á quienes despreciaban. En materia de amor, fueron sensuales sin delicadeza ni ternura, y en política, la fe jurada y la honra nacional les pareció siempre cosa baladí. Carlos suspendió los pagos que la tesorería estaba realizando á los acreedores por anticipos al Estado, y Felipe protegió á Law y su sistema; el oro de Barillon inspiró los consejos de Carlos, y el de Walpole los de Felipe; y del propio modo que por razones particulares Carlos hizo la guerra á Holanda, su aliada natural, Felipe la hizo á España, en cuyo trono se asentaba un príncipe de la familia de Francia, puesto allí por obra de su política. El paralelo entre ambos personajes podría seguirse hasta en los más menudos detalles, porque así el uno como el otro gustaban de la filosofía experimental, y pasaban en el laboratorio el tiempo que hubieran debido emplear en el consejo, y porque si Carlos y Felipe profesaron más cariño á las mujeres de sus familias respectivas que á otras, en los dos casos hicieron dudar de la pureza de sus relaciones con ellas. Fué Felipe de Orleans superior á Carlos II en punto á valor personal y á las virtudes que con él se relacionan. Carlos apenas pudo librarse del epíteto de cobarde. Felipe, á más de bizarro, era franco y leal. Carlos, disimulado y falso.

No fué ménos aciaga y sí más escandalosa la gestión del Regente que la del monarca difunto, pues si Luis XIV arruinó la Francia con guerras gigantescas y magníficas construcciones, Felipe de Orleans consumó la obra cometiendo fraudes que habrían aver-

gonzado á Robert Macaire. Por esta causa si aún en medio de las mayores calamidades y desastres respetó el pueblo al conquistador, despreció al ladrón.

Quando el duque de Orleans y el miserable Dubois hubieron desaparecido de la escena, pasó el poder á manos del de Borbon, príncipe despreciado del pueblo por sus manejos tan escandalosos, que le reportaron pingües ganancias, y por la mansedumbre que mostraba sometiéndose dócil y bajamente á los caprichos de una mujer soberbia y desenfrenada. Hubiérase dicho que la Divina Providencia permitía en sus inescrutables designios que unas en pos de otras fueran pasando todas las ramas de la familia real por la criba del odio y del escarnio.

No obstante, hubo un intervalo de algunos años entre la caída del duque de Borbon y la muerte del cardenal Fleury, en que gozó la Francia del beneficio inapreciable de un gobierno moderado y económico. Luégo siguió la monarquía con paso firme hácia el abismo. Escándalos en la corte y en Palacio, desórden y extravagancia en la gestión de las rentas públicas, cisma en la Iglesia, facciones en el Parlamento, guerras injustas, paces vergonzosas, y todo cuanto es parte á producir indignacion y afrenta y ruina y rebajamiento; tal es la historia de aquel periodo de miserias y corrupcion, durante el cual, miéntras en el exterior eran vencidos los franceses y humillados por mar y tierra, donde quiera que los habia, en el Elba como en el Rhin, en Asia como en América, en el interior pasaban de uno á otro visir y de una á otra sultana, llegando á tanta extremidad, que Maupeou les hizo llorar á Choiseul, y madame Du Barry á la Pompadour.

Por impopular que se hubiera hecho la monar-

quía, más aún lo era la clase noble, y no sin causa, porque la tiranía de un individuo es más tolerable que la de una casta; y como los antiguos privilegios se habian hecho, además, odiosos por extremo á las nuevas ideas, todo indicaba la proximidad de una revolucion extraordinaria cuyos resultados no sólo serian eficaces á cambiar la forma del gobierno, sino hasta la de la propiedad y el conjunto del sistema social, haciéndose sentir en el seno del hogar doméstico. La vanguardia del movimiento la formaban los ricos y los literatos, es decir, el orgullo herido de los hombres de dinero y de ilustracion, y la retaguardia masas formidables, apiñadas, ignorantes, furiosas y crueles.

Dada esta situacion, dudamos mucho de que Luis XVI hubiera podido seguir una línea de conducta, cualquiera que fuese, ocasionada en modo alguno á conjurar la tormenta que amenazaba, y de ser posible conseguir esto, á nuestro parecer sólo hubiera sido eficaz á ello la conducta propuesta por Turgot; pero el clero y la clase noble adolecian entónces de las dos enfermedades que la prolongada posesion del poder produce generalmente, á saber: el desconocimiento de los peligros, y la obstinacion de no creer posible la existencia de aquello que no sea tradicional. Hé aquí la causa de que hicieran escarnio del consejo salvador. No quisieron reformas, y tuvieron una revolueion; no quisieron consentir en pagar un exíguo impuesto á fin de sustituir con él cargas onerosas, y por su mal vivieron lo bastante para ver derribados sus castillos y vendidas sus tierras á los extraños; no quisieron á Turgot, y hubieron de sufrir el yugo de Robespierre.

Entónces, como si la divina Providencia hubiera cegado para su castigo á los dominadores de la

Francia, se arrojaron sin advertir lo que hacian á la guerra de América, cometiendo por tal manera dos torpezas de un solo golpe: primero, porque alentaron el espíritu revolucionario, y al propio tiempo acrecieron la carga insoportable ya de los impuestos, cuyo exceso es generalmente causa inmediata de las revoluciones; y segundo, porque las consecuencias de la guerra exaltaron el entusiasmo de los demócratas teóricos, y aumentaron las dificultades económicas, con lo cual subió de punto el malestar y el descontento de las masas que no se curaban de teorías y sí de tributos.

La reunion de los Estados generales fué la señal de la crisis, y todas las pasiones acumuladas en cien años estallaron entónces con ímpetu irresistible. No faltaban los hombres capaces é inteligentes en la Asamblea; mas carecian de todo punto de conocimientos prácticos del arte de gobernar, diferenciándose mucho en esto la Revolucion francesa de las grandes revoluciones inglesas que fueron dirigidas por hombres de Estado expertos en el manejo de los negocios. De aquí tambien que miéntras la Revolucion francesa fuera obra de meros teóricos, las inglesas no se acometieran nunca sino para corregir, amparar y restablecer, no única y exclusivamente para destruir. Bien es cierto que tampoco quedó tan rezagada en ningun tiempo la Constitucion inglesa que fuese parte á excitar la enemiga del pueblo; que los ingleses aún en los momentos de mayor agitacion, hablaron siempre con respeto de la forma de gobierno bajo la cual vivian, concretándose á censurar en ella lo que reputaban por abuso, y cuando la reformaron, tuvieron muy en memoria los derechos adquiridos y antiguos, no buscaron casi nunca modelos en el extranjero, se

preocuparon muy poco de teorías y utopías, y no estimaron por cosa necesaria demostrar que la libertad fuera derecho natural del hombre, dándose por satisfechos con amarla como patrimonio legal y propio del pueblo inglés. Su contrato social no es una ficción; que aún existe la pieza original en pergamino, sellada con la cera que se le puso en Runymede, firmada de los nombres ilustres de los Marischal y de los Fitz-Herbert. Ni tampoco ningún argumento general acerca de la igualdad primitiva de los hombres, ni ménos todavía las historias de Plutarco y de Cornelio Nepote han logrado jamás conmoverlos tanto como las palabras Carta Magna, *Habeas corpus*, juicio por jurado y bill de derechos, que son de su propia historia patria, y que significan cosas hechas á su propio uso. No diremos con esto que no tenga también sus inconvenientes el modo de ser característico de los ingleses, pues ántes razonan como legistas en orden á la política que como filósofos, y se advierte algo de estrecho, de exclusivo, de judaico, si se nos permite la palabra, en su amor á la libertad; que á su parecer los derechos populares constituyen el patrimonio particular de su raza privilegiada, y en cuanto á los prosélitos extranjeros que aspiran á participar de sus privilegios, ántes se hallan dispuestos á sofocar que no á fomentar sus deseos. Por lo que hace al espíritu de la Constituyente francesa no era así, pues si carecían sus individuos de habilidad práctica en el manejo de los negocios, tenían en cambio amplitud de miras, de tal manera, que no sabiendo regularizar sus propias discusiones se creían en el caso de legislar para todo el Universo. Lo pasado era en su sentir aborrecible, y sólo merecía las muestras más amables de su benevolencia

cuanto pudiera ligarse y confundirse con sus ilusiones para lo porvenir; como que la esperanza ocupaba en ellos el lugar que los ingleses consagran al recuerdo. Ni tampoco hallaban nada en las instituciones de su patria digno de admiración ó de cariño, y cuanto más se remontaban en sus anales, ménos descubrían las huellas de la libertad, hablando sólo el testimonio de la tiranía de una clase y de la humillación de otra: los francos y los galos, los caballeros y los villanos, los nobles y los plebeyos, y así odiaban por tanto la monarquía, como la Iglesia y la clase noble, y ni se curaban de los Estados generales ni del Parlamento. A este propósito diremos que ha sido moda durante largo tiempo atribuir cuantas locuras cometieron por entonces los franceses á los escritos de los filósofos; pero á nuestro parecer sólo el mal gobierno inspiró sus escritos, no siendo tampoco cierto que renunciaran á la práctica por seguir la teoría, sino que se apasionaron de la teoría por carecer de la experiencia necesaria de buen gobierno. Porque no tenían Constitución, declamaban acerca del contrato primitivo de las sociedades humanas; que cuando entraron en posesión de instituciones tolerables, no tanto se preocuparon del contrato social como de conservarlas. El grito de 1830 no fué otro que ¡Viva la Constitución! En 1789 carecían de bandera, y de ahí que sólo pudieran encontrarse en el terreno de las teorías; y como las diferencias sociales que concian se presentaban á su vista bajo una forma deplorable, natural es y lógico que se dejaran seducir y arrastrar de sofismas en orden á la igualdad de los hombres. Además, la experiencia tan dolorosa que tenían del gobierno de los reyes debe y puede servirles de disculpa cuan-

do se trata del inmoderado afán que mostraban en toda ocasión por oír las más exageradas predicciones acerca de la soberanía del pueblo.

Como se hallaron siempre los ingleses bien avenidos con sus recuerdos y satisfechos con sus nombres nacionales, no acudieron nunca en busca de modelos ni de nombres á las instituciones de Grecia y de Roma; pero no hallando los franceses nada en su propia historia que les fuese amable, acudieron en demanda de auxilio á las de las grandes repúblicas antiguas, con tan mal consejo, que al tratar de conocerlas y estudiarlas, en vez de hacerlo por medio de los autores contemporáneos, se valieron de novelas escritas por moralistas pedantes, mucho después de haberse acabado las libertades públicas. A Tucídides preferían Plutarco, y ciegos como lo estaban tomaban por lazarillos á otros ciegos; y como carecían por completo de la práctica de la libertad, la entendían con arreglo al criterio de hombres que cual ellos carecían de experiencia en la materia, y cuyas imaginaciones, exaltadas por el misterio y la abstinencia, exageraban el goce de lo desconocido; que rebosaban de patriotismo sin haber tenido patria nunca, y que ponderaban las excelencias del asesinato de los déspotas al propio tiempo que se arrastraban á los pies de los tiranos. La máxima principal que aprendieron en esta escuela los legisladores franceses les mostraba la libertad política no como medio, sino como fin; no como la más preciada y sólida salvaguardia del orden, de la propiedad y de la moral, sino como felicidad sublime y exquisita por sí misma, en cuyas aras debieran ser sacrificadas sin escrúpulo alguno la moral, el orden y la propiedad. Pero si bien es cierto que las enseñanzas de la historia antigua son de mucha impor-

tancia y utilidad, ¿qué provecho podían sacar de ellas unos hombres que olvidaban en sus alabanzas á la democracia de Atenas, que había en ella diez esclavos por cada ciudadano, y que realizaban el efecto teatral de sus invectivas contra los aristócratas, haciendo panegíricos de Bruto y de Catón, aristócratas más altivos, orgullosos é intransigentes que todos cuantos emigraron con el conde de Artois?

Ningún autor había logrado hacernos un cuadro de la Asamblea Nacional tan lleno de animación y de vida como M. Dumont. Su Mirabeau, en particular, es incomparable, y estudiándolo se comprende que cuantos retratos del famoso tribuno habían trazado antes otras manos que no la suya, son bosquejos nada más, cuando no esfuerzos de la imaginación de sus autores, ó groseras caricaturas. Pero el Mirabeau que nos presenta Dumont es el mismo individuo, ni Dios ni demonio, sino hombre y francés, y francés del siglo XVIII, dotado de grandes talentos y de pasiones violentas, pervertido por la mala educación que recibió, rodeado de tentaciones de todo género, desesperado durante algún tiempo en fuerza del descrédito que lo perseguía, y embriagado luego y desvanecido de la fama; como que todas sus cualidades contradictorias y en apariencia inconciliables se mezclan y se confunden de tal modo en el retrato que nos ocupa, produciendo un conjunto tan natural y armonioso, que si hasta el presente fué para nosotros, y tal vez también para la mayor parte de los que leen la historia, no un sér sino un índice de antítesis, en adelante será hombre singular, extraordinario y excéntrico en verdad, pero perfectamente comprensible á todos.

Gustaba Mirabeau, al decir de M. Dumont, de ca-

lificar á los hombres por medio de combinaciones de apellidos, y así llamaba á M. de Lafayette *Grandisson-Cromwell*, al rey de Prusia *Alarico-Cottin* y á D'Espréménil *Crispin-Catilina*. Siguiendo este sistema, bien podríamos llamar á Mirabeau *Wilkes-Chatham*, porque tenía la sensualidad de Wilkes, su ligereza y su falta de vergüenza; porque, como él, se atrajo las censuras de los mismos epicúreos en fuerza de la grosería singular de su inmoralidad y de la obscenidad de sus escritos, y porque, como él, se mostró siempre indiferente, no sólo á las leyes de la moral, sino á las del honor. Como Wilkes, también hacía los mayores esfuerzos por conciliar el carácter propio del demagogo con el de persona bien nacida y de buen trato; como él, se atraía con su gracejo y sus maneras el afecto de muchas personas que lo despreciaban para sus adentros; como él, era feo, y tornaba su fealdad en burlas contra sí mismo, y á pesar de ser la suya muy subida de punto, como Wilkes ponía mucho esmero en su vestido y era venturoso en pendencias de amores.

Pero si tenía gran semejanza con Wilkes en los rasgos de la fisonomía y de la moral, también la tenía en las cualidades de un orden más elevado con lord Chatham; como que su elocuencia, en la medida de lo que podemos apreciarla, reunía los caracteres más distintivos y apreciables de la del gran ministro inglés; que no brillaba en los discursos meditados y de cierta extensión, y que tampoco era orador dispuesto siempre á entrar en liza con un adversario; consistiendo todo su mérito en arranques inesperados que parecían ser efecto de la inspiración del momento, en frases cortas que brillaban en lo alto de la tribuna como relámpagos en horizonte oscuro, que caían de ella como el rayo.

que pronunciadas en determinados momentos decidían del resultado de una crisis por grave y trascendental que fuera, que se convertían á seguida en sentencias que todos recuerdan: hé ahí en qué consistía principalmente la elocuencia de Chatham y de Mirabeau. Pero, sin embargo, aun cuando han existido en los tiempos modernos muchos oradores más elocuentes, y más grandes y esclarecidos hombres de Estado que lo fueron ellos, á lo ménos, no recordamos otros que hayan ejercido tan ilimitada influencia personal sobre Asambleas tempestuosas y divididas. No diremos con esto, aun cuando su poder tanto era moral como intelectual, que pueda establecerse un paralelo entre ambos bajo el punto de vista de la verdadera dignidad de carácter ó de la virtud pública y privada, sino que tenían la misma naturaleza y vehemencia de temperamento. Las maneras y el lenguaje de ambos respiraban confianza plenísima en sus fuerzas, imperio sobre los demás, y tal impulso, que se hacía irresistible á las almas no muy superiores. Murray y Carlos Townshend, que no eran inferiores á Chatham en las cualidades del espíritu, cedían siempre á su voluntad, y Barnave, que sabía discutir mejor que cuantos diputados había en la Asamblea Nacional, arriaba el pabellon delante de Mirabeau. Y como solamente resultan de todo en todo malos ó buenos los hombres en las novelas y nunca en la vida real, puede decirse que si las virtudes de Chatham fueron en cierto modo teatrales, y que si Mirabeau no poseía cualidad ninguna que mereciera el nombre de virtud, tenía una que la sustituye, si bien de una manera imperfecta, en casi todos los hombres de mérito superior, es decir, natural inclinación á dejarse conmover de lo bueno y de lo bello por tal

modo que á las veces lo entusiasmaba, y esto unido á su deseo de ser admirado, era parte á imprimir á su carácter en ciertas ocasiones una manera de brillo que así semejava el de la verdadera virtud, como «la opaca y vacilante aureola» que rodeaba la frente del ángel caído, á la luz clara y espléndida de los espíritus celestiales poseedores de la integridad de su pureza inmaculada.

Hay en las Memorias de que damos cuenta varios otros retratos admirables de varones ilustres. Los de Sieyes y Talleyrand particularmente, son obras maestras llenas de animación y de vida. Pero nada nos ha parecido tan notable como la luz que sin darse cuenta de ello arroja M. Dumont sobre su propio carácter en cada una de las páginas de sus *Souvenirs sur Mirabeau*, porque la inflexible rectitud que demuestra, su caritativa manera, su benevolencia, su modestia, su espíritu elevado é independiente, su filantropía y su noble y sincero menosprecio de las grandezas mundanas, constituyen un tipo que, sin dejar de ser natural, nos parece más cerca de la perfección que los de todos los Grandisson y Allworthy de novela. No diremos, sin embargo, que sea el libro tal cual esperábamos; pues de una parte nos parece más pintoresco, animado y ameno, y de otra ménos filosófico y profundo que nos prometíamos hallarlo. Pero si no atesora todo cuanto podía ofrecernos el claro ingenio de M. Dumont, nada falta en él ciertamente de cuanto pudiera regalarnos la magnánima hidalguita de su corazón.

WILLIAM PITT.

1759.—1806.

Fué William Pitt hijo segundo del célebre ministro inglés del mismo nombre y de lady Ester Grenville, de la familia de los condes de Temple, y nació el 28 de Mayo de 1759, precisamente cuando la familia de su padre gozaba de tanta notoriedad en el mundo, que si los ingleses hablaban de él con muestras de orgullo, los enemigos de Inglaterra lo hacian entre admirados y temerosos. El primer año de su vida pasó en fiestas y regocijos públicos, porque cada ráfaga de aire llevaba á las costas de la Gran Bretaña mensajes de victorias alcanzadas por las armas británicas. En Westfalia, una gran batalla ganada por la infantería inglesa, detenía las armas vencedoras de Luis XV á lo mejor de sus conquistas; Boscawen derrotaba en las costas de Portugal á una escuadra francesa; Hawke dispersaba otra en el golfo de Vizcaya; Johnson se apoderaba de Niágara y Amberst de Ticonderoga; Wolfe recibia la muerte más envidiable al pié de los muros de Québec; Clive destruía un armamento formidable de los holandeses en el Hoogley y asentaba la supremacía británica en Bengala, y Coote vencía en Wandewash á Lally, estable-